

Ellos ganaron, por supuesto. Solo una nave habría bastado. Dos ganaron fácilmente, las de los Arcturianos confederados. Otro planeta para la colonización.

—¿Cómo están los especímenes de la Tierra, doctor? —preguntó el mayor.

—Miran fijamente las paredes, Capitán. No comen lo que les damos. Parecen mirar a través de los guardias. Dicen muy poco y casi no se mueven. No creo que todos ellos sobrevivan el viaje.

—Son débiles, lo cual prueba que nuestros científicos estaban equivocados. Nuestra gente no está relacionada con los humanos, a pesar de la similitud en la apariencia. No, nuestro molde es más fuerte que eso —golpeó su escritorio con dedos impacientes—. Bueno, no podemos dejarlos morir. Aliméntalos a la fuerza si es necesario. Nuestros científicos demandan especímenes; Tenemos suerte de que algunos hayan sobrevivido al ataque. No veo cómo fue posible, fue un ataque tan espléndido.

—No tienen ni siquiera una quemadura de radiación —dijo el médico—. Pero son débiles y taciturnos.

—Mantenlos vivos, doctor.

El doctor buscó en la cara metálica del capitán.

—Capitán, ¿alguna vez ha tenido sueños?

—¿Sueños? —Al capitán le tomó un momento comprender—. ¡Los sueños están prohibidos por los regentes! Muestran inestabilidad.

—Los hombres, señor... algunos de la tripulación se han estado quejando.

—Quejarse está expresamente prohibido. Ya lo sabe, doctor. ¿Por qué no me han informado?

—Fue algo muy pequeño, algo psicológico, creo. Ha habido un pequeño brote de pesadillas —el doctor hizo un gesto despectivo—. Miedo espacial, creo. La mayoría de los hombres que se quejaron eran los de la avanzada.

—Haga una lista de los nombres y envíemela Tenemos que eliminar esos tipos.

—Sí, señor. —el doctor se levantó para irse.

—Doctor, ¿le informaron sobre el contenido de los sueños?

—Sangre, señor —el médico sacudió la cabeza y apretó las manos antisépticas y fregadas—. Calaveras, murciélagos y ancianas alrededor de una olla burbujeante; sombras huesudas que los atrapaban cuando corrían.

—Putrefacción.

—Sí, señor.

El doctor caminó por el reluciente pasillo, viendo a los hombres trabajando como máquinas bien engrasadas; hombres talentosos, cada uno en su propio trabajo técnico, cada uniforme exactamente igual, los dientes limpios y blancos, cada cara y cuerpo cortados de la misma matriz, incluso las botas eran iguales, como espejos oscuros y brillantes. Caras sin refinar: jóvenes, a diferencia de las caras de esqueleto en la bodega.

El primer guardia se llevó la mano a la frente en un saludo rápido.

—¿Sí, señor?

—Inspección de prisioneros.

La puerta se abrió y el médico entró.

—¡Señor!

La urgencia en la voz del guardia lo detuvo.

—¿Si?

Recordaba al hombre como uno de los que habían estado enfermos esa mañana.

—¿Puedo ser relevado? Me siento enfermo. He estado enfermo desde... desde el último período de sueño.

El doctor miró impasible los ojos demasiado blancos.

—Soporta tu deber. No puedo relevarte. Conoces las reglas.

—¡Pero, señor!

—Preséntate en la enfermería después de que cumplas tu turno.

El médico volvió a mirar a los ojos asustados y consideró hacer una excepción esta vez. No, habrá más entonces, pensó. El saludo automático lo tranquilizó.

—Sí, señor.

—¿Tu nombre?

Lo escribió en su libro y siguió caminando.

Primera celda, segunda celda, la decimoquinta; todos iguales. Las caras apáticas, los ojos hambrientos, mirándolo. Ojos cortados como ataúdes. Veintidós celdas, dos por cada celda, las mujeres segregadas. Cuarenta y cuatro prisioneros en total. Ochenta y ocho ojos mirándolo. Se estremeció por dentro. Eso era todo lo que quedaba de una raza de varios billones de individuos.

Leyó los reportes de los guardias.

»Hombre en la celda catorce. Nombre: Alexander Green. Se lo observó dibujar patrones extraños en la cubierta con tiza, la cual le fue retirada. Sin resistencia.

»Mujer en la celda tres. Nombre: Elizabeth Gout. Hablando consigo misma y con las paredes. Fue callada por su compañera de celda, Meg Newcomb, por orden del cabo de la guardia.

Las sombras eran espesas en la bodega de los prisioneros. Las luces se atenuaron, los únicos sonidos eran el ruido de los motores atómicos, rítmicos, y el chasquido de los talones de los guardias cuando cada uno presentaba su reporte.

El cabo de la guardia caminó silenciosamente detrás de él y tomó las órdenes al final del bloque de celdas.

—Aliméntalos a la fuerza. Trae las luces de vitaminas aquí abajo. Dales inyecciones —el doctor hizo una pausa y miró fríamente—. El guardia de la celda cuatro fue inepto en su saludo. Ponlo en el informe.

—Sí, señor.

—¿Algo más que informar, cabo?

El hombre vaciló; luego dijo:

—Algunos de los guardias están nerviosos.

—¿Y los prisioneros? —el doctor preguntó con cautela.

El cabo estaba nervioso.

—Parecen más fuertes, señor.

—Se están aclimatando a las condiciones del viaje.

—Todavía no han comido nada.

—Dije, en caso de que me haya entendido mal, cabo, que se están aclimatando al viaje. También puede considerarse en el informe —el doctor enunciaba cada palabra salvajemente.

El cabo chasqueó los talones y el médico volvió rápidamente a la línea de celdas. Un dispositivo electrónico lo escaneó y abrió la puerta mientras leía su identidad.

Atravesó la escotilla, la sintió cerrarse rápidamente detrás de él y no hizo caso al guardia que había querido ser relevado. Se dirigió a su propia oficina en la pequeña y eficiente enfermería. Se dejó caer sobre su escritorio, exhausto.

Hubo un sonido de pies corriendo afuera. Luego, la puerta de su oficina casi fue arrancada de sus goznes cuando una explosión de energía silenciosa la golpeó. El médico se puso de pie de un salto y abrió la puerta de metal. El guardia enfermo estaba allí.

—Un paso atrás, doctor. Veo uno cerca de la pared. ¿Lo ve usted por allá? —dijo el guardia—. Viene por mí. No puedo escapar, no puedo.

Levantó la pistola mientras el doctor lo observaba.

—¡Detente, maldito tonto!

El hombre yacía en el suelo, con la pistola apuntando a su propio cuerpo sin forma, su torso era una masa de tejido desgarrado y carbonizado. Sus ojos aún estaban abiertos y miraban sin ver el pequeño ojo de buey, más allá del cual las estrellas luminosas se tambaleaban.

La vista no era repugnante para el médico, pero las implicaciones sí. Había visto demasiados muertos, tanto de su propia raza como de otros, para preocuparse particularmente por uno más. Era lo que esta muerte podría significar para él personalmente lo que le preocupaba, lo que los Regentes podrían decir.

Llamó a otro guardia y le dio órdenes automáticamente hasta que se realizó la tarea de examinar y desechar el cuerpo. Había papeles necesarios para completar y firmar, los efectos personales que se inventariarían y el informe para el capitán. Y todo el tiempo que estuvo ocupado en la rutina, su mente le preguntaba:

—¿Me pregunto qué significará para mí cuando regresemos? Los Regentes querrán examinarme. Dirán que fue mi culpa.

Sintió que el pánico comenzaba a aumentar, pero su cuerpo dio las respuestas necesarias y su rostro era imperturbable.

Fue a la oficina del capitán.

—¿Por qué lo hizo, doctor? —el capitán estaba más perplejo que enojado.

El médico respondió con voz ronca:

—Estamos en el espacio.

—¡Tenemos cien millones de hombres en el espacio! —exclamó el capitán—. Pocos de ellos se suicidan. Simplemente no sucede —Golpeó su mano contra su escritorio de plástico—. Quiero saber por qué. Va en contra de las reglas, y usted lo sabe.

El doctor no se inmutó.

—Fue su primera expedición. Primera vez fuera de casa. ¿Un guardia? No, un granjero en uniforme, eso es lo que era.

El médico se encontró casi enojado con el guardia muerto. ¿Qué derecho tenía él de causarle todos estos problemas?, pensó.

El capitán lo miraba extrañamente.

—Eso es lo que son la mayoría de nuestros hombres: hombres de granja. Yo también soy de una granja —el capitán lo miró mientras los sonidos insidiosos de las máquinas se mecían y sacudían a su alrededor—. Está cansado, doctor. Necesita un poco de descanso.

El doctor ignoró el comentario.

—Quizás sean los prisioneros. Todos los guardias que se han quejado han estado vigilando prisioneros.

—He visto a los prisioneros.

La voz del capitán era despectiva.

¿Los ha visto? ¿Ha visto la forma en que te miran? —pensó el médico, pero en voz alta dijo:

—Sí, señor.

—Descubra qué es lo que anda mal con ellos.

—Sí, señor. Lo haré lo mejor que pueda.

—Manténgame informado.

—Por supuesto, capitán.

—Haz una autopsia, mira su cerebro.

—Ya lo hice, señor —luchó por mantener su voz racional—. Mantuvimos la cabeza. Siempre lo hacemos en un caso como este.

—Hágalo de nuevo —El capitán lo miró penetrantemente—. Averigua qué le pasaba a su cabeza, para que podamos eliminarlo de la carrera. Algo estaba mal en su cabeza, eso era todo. ¡Descúbralo!

—¡Sí, señor!

Pies juntos, saludar, girar, mantener la espalda recta. Sé un soldado, sé un astronauta, sé un Arcturiano, sé fuerte, sé un vencedor.

El doctor regresó a su propio consultorio y se sentó temblorosamente en su escritorio de plástico. Luego se miró en el pequeño espejo de la habitación.

Siempre lo mismo. Sigo siendo el mismo, pero tan cansado, ¿por qué estoy tan cansado?

Se tocó la cara.

Misma cara. Pero ahora estaba más marcado y duro.

Su cabello: como siempre. ¿Es eso un mechón de gris?

Sus ojos: Ellos ven. ¿Qué ven ellos? ¿Qué? ¿Qué?

Y luego, por primera vez, su barrera admitió los sueños y los largos períodos de insomnio para sí mismo. Los recordó por lo que eran. Sabía que ya no podía engañarse a sí mismo.

Insectos arrastrándose sobre él; una gran rata gris con dientes caninos en la garganta, mientras que los murciélagos lo miraban malvadamente, y mujeres curiosas que dedicaban su oficio a una olla burbujeante, sus voces tramaban más horrores. Y siempre las sombras, sombras que saltaban y desgarraban su cuerpo desprotegido, sombras que tenían una forma definida, sombras que se desvanecían de manera desconcertante justo cuando parecía poder distinguir rostros asquerosamente familiares.

Las pesadillas se volvieron reales para él.

De repente, esas visiones se le acercaron cuando se sentó en el escritorio de plástico. Con cuidado quirúrgico, cortó las arterias en sus muñecas y sonrió, mientras la visión se alejaba.

—Adiós, doctor —dijo una voz.

Y el sonido resonó mientras el uniforme se decoloraba, las botas estaban grasientas de muerte, la cara demasiado blanca, sonriendo y mirando.

Y los demás, los muchos otros, pronto lo seguirían.

Durante tres períodos de sueño, las máquinas suspiraron mientras continuaba la carnicería. El capitán emitió directivas y se llevó las armas. Después de eso encontraron otras formas. Los tripulantes saltaron por las escotillas de escape y entraron en los convertidores atómicos, o golpearon sus cabezas contra los mamparos de acero.

Por tres períodos de sueño.

Cada vez que escuchaba el chasquido de los talones del guardia, el capitán casi gritaba. En su imaginación, estaba viendo los Regentes Arcturianos. Le estaban señalando con dedos acusadores, mientras las cámaras de exterminio esperaban.

—Tu nave —dijeron.

—Mi nave —admitió.

—El doctor, la mitad de tu tripulación está muerta. ¿Cómo? ¿Por qué murieron?

—Suicidio —tembló bajo la manta.

—Está en contra de las reglas, capitán —dijeron las voces con calma, condenándolo.

—Lo sé.

—Pero tú eres el capitán. El capitán es responsable. Las reglas dicen eso.

—Sí, el médico dijo que eran los prisioneros.

Los regentes se rieron.

—Por el bien general, no tenemos más remedio que...

El capitán apretó las mantas sobre su dolorida cabeza y se tumbó rígidamente sobre su catre. Ahogó las voces en un mar de su propia creación, sonriendo mientras veía desaparecer cada mano bajo las olas tormentosas. Permaneció así un rato, mientras las sombras gigantes se deslizaban cuidadosamente por la habitación, flotando, vigilantes.

Y luego, una vez más, pudo escuchar el zumbido de los grandes motores.

Se sentó.

El viejo, el que figuraba en los papeles como Adam Manning, uno de los hombres recogidos en la tierra, se sentó en una de las sillas junto al escritorio del capitán.

—Hola —dijo el viejo.

—¡Guardias! —gritó el capitán.

Pero nadie respondió. Solo las máquinas rugieron, respondiendo suavemente en su forma de escuchar.

—¡Guardias! —el capitán volvió a gritar mientras miraba la cara del viejo.

—No pueden oírte —dijo el viejo.

El capitán supo instintivamente que era verdad.

—¡Ustedes hicieron esto!

Se esforzó por saltar sobre el viejo, pero no pudo moverse. Sus manos se apretaron mientras luchaba contra los lazos invisibles.



Comenzó a llorar. Pero las voces de los Regentes resonaron en su mente:

—Llorar va en contra de las reglas —dijeron con rigidez, sin piedad.

El viejo le sonrió desde la silla. Las sombras murmuraron suavemente, confluyendo en innumerables grupos, ensuciando los mamparos asépticos. Se acercaron al capitán y él solo pudo contener un grito.

—¿Qué eres?

—No lo entenderías incluso si te lo dijéramos, porque no crees que alguna vez hubo algo como nosotros —el viejo sonrió—. Somos sus nuevos regentes.

Las sombras sonrieron horriblemente, revelando sus afilados colmillos.

—Fue un ataque maravilloso, capitán —dijo el anciano suavemente.

Las sombras asintieron mientras se formaban y se desvanecían.

—Nada humano podría haber sobrevivido, y nada humano lo hizo —dijo el anciano—. Algunos de nosotros estábamos profundamente enterrados desde hace mucho tiempo, pero tu fuego quemó las estacas.

Agitó una mano escamosa hacia las sombras. Cayeron sobre el capitán, implacablemente.

El capitán comenzó a gritar.

Entonces, solo había el sonido automático de las máquinas.

La nave rugió por el espacio.